

La frontera sur a dos voces: Eduardo Gutiérrez y Teófilo Gomila

Milena Acosta*

INTRODUCCIÓN

La década de 1870 fue un período bisagra en la construcción del Estado argentino¹. El arco temporal que configuró el decenio en relación a la frontera, parte en 1867 desde los debates y la sanción de la Ley 215 de “Ocupación de tierras” que definió una “frontera interior” y a los territorios por ganar como “nacionales”; y culminó con la denominada “Conquista del Desierto”, que empezó a ejecutarse en 1878. La historiografía especializada interpreta esta avanzada como la concreción definitiva de aquella ley que había permanecido como una manifestación de intenciones, a la espera de que se desplegaran las condiciones materiales de posibilidad: el cese de conflictos internos y externos que consumían las energías estatales y la modernización técnica que involucraba armamento y comunicaciones. La voluntad política de avance territorial comienza a manifestarse sistemáticamente con la gestión de Adolfo Alsina en el Ministerio de Guerra y Marina desde 1874, a cuya muerte en 1877 le sucedió Julio Argentino Roca, continuando con su línea de acción².

Los relatos de frontera de Eduardo Gutiérrez ([1886] 2001) y Teófilo Gomila ([1910] en de Jong y Satas 2011) tienen como denominador común sus coordenadas espacio-temporales: la frontera sur bonaerense en el período previo a esta ofensiva militar. En este trabajo se analizarán las convergencias y divergencias de sus visiones respecto a las relaciones interétnicas. Las narraciones memorialistas de ambos, a pesar de ser distantes entre sí en el tiempo, emplean la misma tónica -detractora y simultáneamente entusiasta-, para dar cuenta de la vida fronteriza, adoptando alternativamente las formas de “documento” y “alegato” (Torre 2010: 241). Se han seleccionado estos escritos porque hacen foco sobre el mundo indígena: su cosmovisión -creencias y prácticas-, su organización política y sus repre-

.....
1. El Estado central emergió fortalecido tanto de las luchas civiles y los combates a las rebeliones interiores, como de la Guerra del Paraguay, conflicto bélico exterior a gran escala, en el que desplegó su capacidad administrativa. En estos enfrentamientos también se consolidó el Ejército nacional, cuya oficialidad cimentó su jerarquía y su intervención en la política nacional.

2. En este período, la lógica centralizadora del Estado en formación se enfrentó a los liderazgos políticos y militares que habían sido sus puntales en sus márgenes, como se evidencia en la revolución mitrista de 1874, levantamiento comandado por Bartolomé Mitre ante los resultados de la elección presidencial que dieron como ganador a Nicolás Avellaneda, denunciada como fraudulenta. La misma enfrentó a sus seguidores contra las fuerzas nacionales, en varios puntos de la frontera sur y representó un punto de quiebre para la trayectoria histórica conjunta entre *indios* y *cristianos*.

* Prof. en Historia (FFyL, UBA), milen.a.costa@hotmail.com.

sentaciones respecto a la política nacional³. Asimismo, comparten la lógica del discurso histórico-periodístico de ceñirse a los hechos relatados para investirlos de verosimilitud y credibilidad. Se proponen explícitamente “hacer historia”, es por ello que Torre considera que el “material se ofrece a la historiografía más que a la literatura” (2010: 241). Esta cualidad es propia de la “literatura de fronteras”, su discursividad se distingue por el haber estado *in situ*, lo que vuelve al género *fronterizo* en sí mismo, una “zona fluctuante entre lo documental y lo ficcional”, como apunta Batticuore *et al* (2008: 10).

La hipótesis que guía este trabajo se cuestiona sobre cómo mientras la literatura -no autónoma de la política- tematizó la heterogénea y compleja realidad del espacio fronterizo, la historiografía nacional decimonónica marginó a las poblaciones indígenas de sus abordajes, expulsándolas al territorio de la ficción. Operé extiende a América y a sus configuraciones nacionales esta omisión, y afirma que “la cultura del continente se ha construido históricamente de espaldas a la frontera” (2006: 193). La Etnohistoria, la Antropología Histórica y la Historia Política se han centrado en reconstruir la historicidad indígena, poniendo de manifiesto que su estudio es inescindible de los ritmos de la vida política argentina. En pos de integrar a la historia nacional las conexiones y actuaciones conjuntas, se procuró dimensionar y caracterizar sus intersecciones. La crítica literaria también provee herramientas para desentrañar la trama de discursos y prácticas que representaron y construyeron la frontera, a sus dinámicas y a sus actores, y su intertextualidad. Viñas -un pionero al respecto con *Indios, Ejército y Frontera* (1982)- señalaba programáticamente: “la civilización empieza a ser desplazada de sus versiones absolutas a través de su historización” (Viñas, 1986). Batticuore *et al* ponderan la obra de Viñas porque desteje “el nudo entre liberalismo y militarismo” (2008: 14)⁴. En este sentido, las piezas literarias a analizar, a pesar de sus sesgos, constituyen valiosas fuentes para ilustrar las múltiples articulaciones indígena-criollas, que el Estado-nación, desde su retórica oficial liberal, predominantemente militar y triunfalista, procuró invisibilizar y silenciar.

BREVE RESEÑA SOBRE LOS AUTORES. CONTEXTO DE PRODUCCIÓN Y RELACIÓN CON LA FRONTERA SUR BONAERENSE.

Eduardo Gutiérrez (1851-1889), prolífico autor de folletines y novelas populares⁵, era miembro de una familia ligada a la vida pública⁶. A una temprana edad ofició de alférez y alcanzó el grado de capitán en el fuerte General Paz, comandancia de la frontera oeste -actual partido de Carlos Casares, provincia de Buenos Aires-, bajo el mando del coronel

3. Contemporáneamente para la frontera sur cordobesa Lucio V. Mansilla emprendió una tarea similar, plasmada en las cartas que después componen *Una Excursión a los Indios Ranqueles*, publicadas en 1870 en el periódico porteño *La Tribuna*.

4. De un modo revelador aunque esquemático, Viñas señala que a lo largo del proceso de construcción estatal, la “santísima trinidad” del “progreso” -fusiles Rémington, ferrocarriles y telégrafos, que sustituyen a “la cruz y la espada” de la Conquista- se impone sobre la “trilogía arcaica” de *gauchos, indios y paraguayos* (1982: 17).

5. Entre otros del clásico *Juan Moreira* (1879), que versa sobre la vida de aquel célebre “gaucho matrero” al servicio de la política faccional bonaerense, escrito con base en los archivos policiales. Llamativamente Teófilo Gomila conoció a Moreira y lo reivindica como un Labrador inocente en sus *Memorias de Frontera* (1910).

6. Su hermano José María -editor de *La Nación Argentina*, órgano de prensa porteña del mitrismo-, lo inicia en el oficio del periodista, gracias al cual adquiere notoriedad. Trabajó en *El Río de la Plata*, periódico de José Hernández, quien en sus páginas de acuerdo con Rivera (1967: 218) “fustiga el servicio de fronteras y sienta las bases ideológicas de su *Martín Fierro*”, hallando emparentados en este punto los tonos de Hernández y Gutiérrez.

Hilario Lagos (1840-1895), jefe del regimiento de caballería 2 de Línea. El escritor vuelca su experiencia en *Croquis y Siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*, que publica en 1886⁷. Como indica su título, la obra consta de una serie de episodios anecdóticos sobre militares de alto y bajo rango que sirvieron en las fronteras, pero cuya trayectoria también atravesó las luchas intestinas nacionales y la Guerra del Paraguay. Gutiérrez estima del siguiente modo la redacción de sus memorias:

Es bueno levantar del olvido de cuando en cuando como ejemplo de abnegación y patriotismo, la figura luminosa de aquellos que cayeron como buenos en cumplimiento de un deber y para quienes la patria no ha guardado el menor recuerdo”⁸ ([1886] 2001: 184).

De acuerdo con Yunque (1956), al explicitar su propósito, se está adjudicando la misión redentora de enaltecer a aquellos “mártires” y veteranos, difuminando las jerarquías, ya que no se distinguen personajes protagonistas o secundarios. En la visión de Laera “no resulta incompatible el héroe colectivo y anónimo con el héroe militar personalizado: ambos pueden compartir el mismo libro de recuerdos de la guerra” (2008: 195). Gutiérrez dota de agencia histórica a los soldados rasos, ya que al colocarlos en el mismo plano discursivo que sus superiores, según Torre les otorga “pertenencia al acontecimiento histórico o aún más: a un conjunto prestigioso de héroes patrios [...] una heroicidad primaria, auténtica y conmovedora más asociada al relato de aventura que el sonoro relato épico” (2010: 243).

Rivera define los relatos de Gutiérrez por estar “‘legitimados’ en y por el campo de lo ‘real’, apoyados por el prestigio veraz del ‘ha ocurrido’ y por la saturación de lo testimonial” (1967: 236). Precisa que *Croquis...* tenía la pretensión de ser un ataque indirecto a Roca⁹, al retratar de un modo “presencial” la “esforzada atmósfera de lucha, heroísmos y penurias que revela otra dimensión más austera y sacrificada de la Campaña del Desierto” (Rivera 1967: 234). Este autor sostiene que Gutiérrez habría objetado la profesionalización y la modernización del Ejército que se concretó bajo la égida de Roca, a causa de que apartó a la institución de la entrañable camaradería de la vida militar de antaño, añorada con nostalgia en estos “relatos de milicos”, pese a los sinsabores de sus avatares. Según Navarro Floria (2001), Roca pretendía erigirse como el héroe culmine de una obra que había sido colectiva, como pretende destacar Gutiérrez.

Teófilo Gomila (1846-1917) nació en Uruguay y se trasladó con su familia a Buenos Aires a causa de las guerras internas de aquel país. Se aventuró de joven hacia la frontera sur para probar suerte como ganadero, práctica habitual en una sociedad de “fronteras abiertas”. Tratando de desarrollar esta actividad, fue cautivado por un malón hacia fines de 1860. Gomila refiere en sus escritos que a principios de la década de 1870 volvió a la frontera, instalándose en la zona de Azul¹⁰. Fue proveedor de hacienda para las tropas allí apostadas

7. Es posible inferir que fue escrito a principios de la década de 1880 a partir del episodio *Las Tortas Fritas*, en el cual se menciona que ya “han pasado siete años” de aquellos tiempos de “servicio de fronteras” en que ante el hambre, unas tortas fritas amasadas en unas monturas podían resultar apetitosas ([1886] 2001: 11).

8. Extracto del capítulo *El Comandante Heredia* ([1886] 2001: 184-191).

9. Protagonista de la política por aquellos años, había comandado la “Conquista del Desierto”, y para 1886 se hallaba finalizando su primera presidencia.

10. Azul era un punto estratégico geopolítica y comercialmente, ya que era la conexión con los grupos salineros que controlaban el tráfico de ganado hacia Chile.

y también entregada bajo el sistema de racionamiento a las tribus de *indios amigos*. Como abastecedor, según sus propias palabras, obtuvo buenas utilidades y fue a través de este negocio que logró amasar una fortuna que lo volvería un “notable” de su época, como estanciero, político y periodista.

Este trabajo se focalizará en su crónica *La Revolución Mitrista de 1874*, publicada por entregas en la sección *Reminiscencias Históricas* del diario de su primo Manuel Piera, *La Prensa de Belgrano*, en 1910¹¹. Su escritura testimonial se origina en que Gomila fue ayudante de campo del general Ignacio Rivas (1827-1880), partidario del bando mitrista, en su derrotero por el sur bonaerense movilizándolo fuerzas. Sus lazos personales, como señalan de Jong y Satas (2011), probablemente se hayan originado por su común nacionalidad uruguaya y el vínculo económico de Gomila con el servicio de fronteras, y reforzados en los círculos de sociabilidad de la alta oficialidad y los hacendados de Azul.

En un claro paralelismo con Gutiérrez e inscribiéndose en el género, Gomila pondera su ejercicio narrativo como la transmisión de “sucesos trascendentales que ocurrieron en aquella época y que por su importancia, son dignos de ser apreciados por la generación actual que apenas los conoce por tradición” ([1910], en de Jong y Satas 2011: 195). Enfatiza que ha sido un actor y un testigo de los hechos, circunstancias que confieren un halo de veracidad a su discurso y abonan la “rigurosidad histórica” del testimonio. Dedicando sus líneas a “los viejos compañeros de penas o alegrías, donde tantos sustos, miserias y amarguras hemos pasado los que poblamos aquellos campos, desiertos antaño”, manifestando que la labor conjunta de los vecinos de la frontera había “civilizado” el desierto (Ibíd.: 240).

EL “SERVICIO DE FRONTERAS”

Tanto Gutiérrez como Gomila despliegan un rosario de argumentos contra el servicio de fronteras. Su ataque coincide en varios tópicos recurrentes en la literatura fronteriza: el arbitrario sistema de reclutamiento, la injusta permanencia en el servicio y la tardanza en “dar de baja” o “licenciar”, la excesiva demora en los pagos y la dureza de la vida castrense, signada por las privaciones¹². No obstante, sufrimientos, peligros y sacrificios eran indicadores de que se actuaba dentro de una escala de altos valores militares como el honor, la abnegación, la valentía, el coraje y la gloria. Gutiérrez en *Croquis...* alterna su impronta crítica hacia el Estado y las condiciones de vida en la frontera con la exaltación de las figuras militares, rozando la hagiografía. Al relatar los méritos y las hazañas militares con evocaciones anecdóticas, según Torre (2010), emparenta su estilo a los cuentos de fogón -vivaques-, propios de la sociabilidad del campamento. Siguiendo a Torre,

11. El año de publicación coincide con la conmemoración del Centenario de la *Revolución de Mayo* de 1810. La preocupación por cuajar una identidad nacional homogénea para esta fecha era una tarea que se habían propuesto las élites dirigentes. No es casual entonces que Gomila exprese que su escritura está dirigida a las juventudes -engrosadas por la masiva inmigración ultramarina y afectadas por el servicio militar obligatorio- y que se exprese en un tono didáctico, descriptivo y explicativo, realizando definiciones a modo de enciclopedia en varios párrafos sobre la vida de fronteras. En sus palabras: “He escrito estas notas aclaratorias [...] para las nuevas generaciones -que seguramente, la mayoría ignora estas cosas que no se enseñan en las escuelas” ([1910] en de Jong y Satas 2011: 225).

12. Gutiérrez mismo, según sus biógrafos, contrajo la enfermedad pulmonar que acabaría con su vida en 1889, debido a las penurias que experimentó en la frontera.

procurando recrear ese clima, Gutiérrez cuenta “historias de viejos fortines”, algunas a modo de “remembranzas melancólicas”, componiendo estampitas marmóreas, mientras que otras adquieren un ritmo más vivaz y jocoso, todavía iluminadas por el fuego.

El servicio de fronteras constituía para Gutiérrez una “guerra ingrata y penosa con los indios” ([1886] 2001: 73), en la cual el soldado de línea combatía al mismo tiempo contra “el salvaje” y era el “guardián” de “la inmensa fortuna que encierra nuestra campaña”, llevando una “vida aperreada”, con indiferencia del gobierno ([1886] 2001: 257). En estos fragmentos, Gutiérrez se indigna ante las miserias que experimentaron los soldados anónimos que defendieron la riqueza económica del país, exigiendo su reconocimiento¹³. Se detiene en personajes de diversas procedencias -como el litoraleño *Mañanita*-, a quienes el Estado les había impuesto prestar servicios, pero que al momento de haberlos cumplidos, la institución militar no los daba de baja, quedando *aquerenciados*. En el episodio *La Vida de Frontera*, Gutiérrez expone con dureza e ironía las extremas condiciones del fortín:

Allí no hay placeres, no hay dulzuras, no hay nada que pueda halagar el corazón o el espíritu. Se vive lejos de toda caricia, como un parásito, sin más mañana que la lanza de indio, ni más ayer que el hambre pasada o continuada [...] el proveedor especula con los estómagos de la tropa, y el sueldo no lo recibe el soldado, sino el pulpero que le fía con vale del oficial y a veinte veces el precio de cada cosa [...] hay momentos en que la vida se hace positivamente inaguantable [...] condenados por tiempo fijo a pasar una vida completamente animal y peligrosa.

Como los cuerpos de línea son remontados con pampas y vagos, cuando no con criminales, el oficial no tiene confianza.

Y tiene que velar día y noche por la seguridad de un fortín y sus alrededores, enviando las descubiertas necesarias, porque una sorpresa o un golpe de manos de los indios importaría para él no sólo la pérdida de la vida, sino de su honor y su reputación”([1886] 2001: 261-263).

En su prosa proliferan descripciones de los abusos y procedimientos coercitivos -motivos constantes en la literatura de fronteras-, que evidencian los mecanismos de una sociedad disciplinaria que buscaba someter y sujetar a la población subalterna, con el fin de captarla como fuerza de trabajo y responder a los imperativos de una economía agropecuaria en expansión. Laera señala al respecto que la “frontera no es el espacio natural del gaucho sino una condena institucional del Estado” (2008: 19), y continúa: “Gutiérrez convierte en héroes -siguiendo la misma lógica popular aprendida en la redacción de Juan Moreira unos pocos años antes- a aquellos soldados cuyos cuerpos fueron usados para la guerra nacional por el Estado y después abandonados, desechados” (Laera 2008: 200). Esta sintonía crítica hacia el Estado en conformación y los proceder de sus agentes es compartida por Gomila, como se verá luego.

13. La dimensión económica del avance sobre la frontera con miras a patrimonializar el “pingüe desierto” -oxímoron tomado de *La Cautiva* de Esteban Echeverría (1837)- emerge constantemente en los relatos de frontera.

VISIONES SOBRE LOS INDIOS

Al referirse a los indios, Gutiérrez utiliza los términos “salvajes”, “enemigo común” o “cruels enemigos”, denominaciones que remiten a una distancia insalvable entre *indios* y *cristianos*, polaridad sobre la que tematizan ambos autores. En *Croquis...* se reproducen el imaginario y las concepciones sobre las poblaciones indígenas que abrevaban en corrientes decimonónicas, como el determinismo biológico y geográfico, el evolucionismo social en ciernes y en un pensamiento local maniqueo fraguado desde los tiempos de enfrentamientos entre unitarios y federales, condensado en la fórmula dicotómica e irreconciliable popularizada por Domingo F. Sarmiento en *Facundo* (1845): la civilización de las ciudades *versus* la barbarie de la campaña.

No obstante, leído *a contrapelo*, se atisba en el relato de Gutiérrez una distinción en el tratamiento que reciben los *indios amigos* -al momento de explayarse sobre sus costumbres desliza simpatía-, y los *indios de tierra adentro* -cuyo eje de descripción gira en torno a la guerra encarnizada-. En los episodios *El Comandante Heredia*, *El Coronel Lagos* y *El General Racedo*, hace foco en los combates de las fuerzas que comandaban estas figuras con las tribus *enemigas* -principalmente la de Pincén- que efectuaban “golpes” y “depredaciones”, bajo una “intuición diabólica” en la que se destacaba su astucia y su fuerza ([1886] 2001: 186). Los modos de confrontación se llevaban a cabo bajo la forma “malón-contramalón”, incursiones en las cuales el elemento sorpresa era fundamental y se priorizaba la obtención de recursos -arros de hacienda y captura de prisioneros/cautivos-, que se pueden asimilar a los procedimientos de una guerra no regular.

Gutiérrez no suscribe a una visión positiva sobre las *tribus amigas*. Un ejemplo se halla en *Un Regimiento Espartano*, en el que narra cómo al momento de estallar la Revolución de 1874, los bienes de los soldados del fuerte General Paz quedaron “a disposición del primer indio que allí entrara”, por el abandono de la línea para marchar a combatir junto con las fuerzas nacionales ([1886] 2001: 28). Su emplazamiento “era peligroso, porque el campamento quedaba situado entre las tribus amigas, que no por ser amigos dejaban de ser indios: Manuel Grande, Coliqueo y Tripailaf” (*Ibid*). En el apartado *La Vida de Frontera*, el cacique Coliqueo¹⁴ es señalado como un “indio maldito” por otorgarle a la tropa del fuerte potros indómitos para una persecución de indios de “tierra adentro” ([1886] 2001: 266). Gomila replica parcialmente esta concepción sobre los *indios*: “que de tontos no tienen un pelo y de pícaros sí” ([1910] en de Jong y Satas 2011: 249). Es decir, aquellos que debían en términos “contractuales” cumplir con la protección de la frontera, de acuerdo con este autor no lo hacían, mereciendo su descalificación.

La caracterización de Gutiérrez de los *indios* remite al tópico de lo “monstruoso”, propio de la literatura gótica en boga en el siglo XIX¹⁵. En *Un Baile Monstruoso. Recibo en casa del señor de Tripailaf*, se explaya sobre la ceremonia que ofrece el cacique *amigo* Ramón Tripailaf con motivo de su duodécimo enlace matrimonial¹⁶. Asistía invitada al festejo toda

14. Se asume que se trata de Justo o Simón, ya que Ignacio murió en 1871.

15. De acuerdo con Torre el horror gótico “aparece ligado a [...] sentimientos de revulsión, disgusto, aversión [...] induce estados de estremecimiento [...] es evocado por encuentros con objetos y acciones que, más que amenazantes, son tabú” (2012: 114).

16. Quijada señala que la poligamia era una práctica habitual entre los criollos, de acuerdo con las impresiones de

la guarnición del fuerte General Paz, ya que “aquel era un paréntesis a la tremenda vida de abnegación y fatiga de que es sinónimo el servicio de frontera, y los pobres milicos querían exprimirle hasta la última gota de jugo” ([1886] 2001: 254). Irónicamente, se refiere a las tolderías como “salones”, al espacio del festejo como la “*casa del señor Tripailaf*” y a la cita como el “galante rendez-vous” ([1886] 2001: 252). A su anfitrión, Gutiérrez lo describe como un “horrible cacique” y el mismo calificativo lo aplica al “baile salvaje” que practicaban los indios, “lleno de contorsiones grotescas y desesperantes” y festejado por “alaridos terribles” a modo de aplauso ([1886] 2001: 251-253). En la crónica abundan referencias a los olores hediondos que emanaban de los toldos y del “tufo” del banquete, así como alusiones a las borracheras de los indios, acentuando el tono truculento que también se extiende a la desgredada tropa. Este era un recurso propio de la escritura folletinesca, que buscaba ser atractiva generando emotividad, en este caso desde la abyección¹⁷. No obstante el énfasis en el “paganismo” y lo “primitivo”, sobrevuela el relato un clima alegre propio de la hospitalidad. Batticuore *et al* sostiene que “la aventura, y su revés, la desventura, se viven en la frontera o bien como enfrentamiento y guerra o bien como cruce y exploración”, habilitando dos lógicas, no excluyentes (2008: 11).

Gomila también alude a este tipo de sociabilidad entre tribus *amigas*, militares y hacendados: “se comía fuerte, se bebía más y se bailaba hasta dar con oreja en tierra. La cosa duraba muchos días [...] nadie se quedaba con ganas, creyéndose cada cual compensado de los muchos sinsabores inherentes a los gajes del Oficio en fronteras, tan duro en la época” ([1910] en de Jong y Satas 2011: 255). En su relato hace hincapié en que indios y cristianos no solo “fraternizaban”, sino que se “fusionaban” en matrimonios “morganáticos”¹⁸: “al lector [...] cuya severidad llegue a calificar los pecados veniales de los actores, hacemos presente que en aquellos tiempos, en aquellos desiertos [...] el sexo femenino de raza blanca no contaba con un solo ejemplar que lo representara” (*Ibíd*). Su escritura es rica en detalles sobre las tradiciones, costumbres y formas de gobierno indígenas. Viñas (1986), refiriéndose a Mansilla, le asigna la “función de bisagra cultural, mediante el paradójico esfuerzo de traductor entre civilización y barbarie [...] lenguaraz entre la franja de aquí y la de allá”, caracterización que le cuadra a Gomila, por mediar textualmente entre aquel “mundo perdido” y su presente contemporáneo, matizando maniqueísmos y arquetipos. Con el fin de proporcionarle al “joven” lector porteño un marco de referencia, suponiéndolo ignorante de la organización política indígena, Gomila recurre a analogías con sistemas de gobierno “clásicos”. Compara a los caciques con monarcas: “Una Tribu es ni más ni menos que un pequeño imperio formado por la agrupación de muchos Reyecitos que por buenas o malas han tenido que someterse al más fuerte que impera” ([1910] en de Jong y Satas 2011: 244-245). Cuando da cuenta sobre la forma de sucesión de gobierno, en la cual prima la primo-

viajeros que surcaron las pampas, resaltando las conexiones e hibridaciones culturales (2002: 128).

17. Estas caracterizaciones no difieren de las realizadas por Esteban Echeverría en el *Festín*, de *La Cautiva* (1837) y José Hernández en *La Vuelta de Martín Fierro* (1879). Según Torre, el estatuto negativo del *indio* es una “configuración textual que tiene anclaje literario” (2010: 257). La autora continua su argumentación referente a *La Vuelta de Martín Fierro*: “toda la compasión que el poema de Hernández despliega para los personajes gauchos, está ausente a la hora de describir a los indios. La mirada sobre ellos es letal. El indio “es tenaz en su barbarie” (Canto II, 565). Los indios resultan la representación más acabada de la barbarie: ladrones, sucios, explotadores de sus mujeres, tienen instinto animal y temeridad salvaje” (*Ibíd.*: 261-262).

18. En una nota al pie de la edición tomada del “Diccionario de la lengua española” refiere que se trata de la “unión realizada entre dos personas de rango social desigual” ([1910] en de Jong y Satas 2011: 254).

genitura masculina, habla del heredero como “príncipe de gales”. Esta figura, para resultar electa, debía ser votada y consagrada por el Consejo de capitanejos en Parlamento¹⁹. Las caracterizaciones de Gomila se corresponden con la interpretación de Bechis (1996) sobre los liderazgos cacicales sustentados en *autoridad consensuada* y no en *poder coercitivo* sobre sus bases. Su postura dista de la de Gutiérrez, ya que adopta una visión comprensiva de las motivaciones indígenas al momento de llevar a cabo acciones punitivas contra los *cristianos* y articula su empatía en términos jurídicos, al hablar de “derechos legítimos” por la ocupación previa del territorio en disputa:

Los Reyes de la Pampa, que no habían renunciado sus derechos a las tierras de sus antepasados, entendían que el Cristiano no era más que un usurpador y que cuanto poblase sobre aquellas les pertenecía a ellos, considerándose con pleno poder para desalojarlo cada vez que la ocasión se presentara, llevándose, por vía de indemnización todo lo que encontraban, incluso las personas de los deudores sin exclusión de sexo, ni edad. En sus Códigos no existe juicio contencioso, todo es ejecutivo ([1910] en de Jong y Satas 2011: 229-30)

Se puede entonces, aventurar la hipótesis de que Gomila tamiza su visión dicotómica con un juicio crítico sobre el accionar *cristiano*, porque en su contexto de producción posee un panorama acabado de los resultados, que le da perspectiva sobre el avance estatal sobre las tierras indígenas.

LOS CATRIELEROS EN LA REVOLUCIÓN MITRISTA

Gomila en *La Revolución de 1874* se dedica especialmente a describir la fractura interna de la tribu catrielera²⁰. Realiza una narración diacrónica que salta de la elección de Cipriano Catriel como cacique -en detrimento de sus hermanos Juan José y Marcelino, que lo antecedían en la línea sucesoria-²¹ a los sucesos de la revolución, cuando se reavivó el conflicto fraternal por la decisión de Cipriano y su secretario, Santiago Avendaño²², de acompañar a

19. Gomila aquí cuela su ironía, al deslizar que los parlamentarios nacionales de su época, en contraste con los indígenas, eran irresponsables e irrespetuosos.

20. Asentada en paralelo a la fundación de Azul en 1828, desde entonces fueron una parte considerable de la población local. Interrumpido el Negocio Pacífico con la caída de Rosas, se integraron a la Confederación de Calfucurá. Retornaron a la zona a fines de la década de 1850, con el desmembramiento de la alianza intra-étnica. Cipriano había sido investido en 1870 con el título de “Cacique Principal de todas las Tribus”, por un tratado de paz, con la clara voluntad de fortalecer su liderazgo, que empieza a resquebrajarse internamente por estar sostenido en una injerencia externa. (Barbuto y de Jong, 2012)

21. “La tribu de Catriel [...] estaba dividida en dos bandos. Uno, sostenido por el gobierno y los jefes de frontera, apoyaba al cacique electo Cipriano Catriel. El otro, el más poderoso o popular dentro de tribu apoyaba a Juan José Catriel, hijo mayor del viejo Cacique, a quien por derecho legítimo de primogenitura correspondía cacicazgo, del cual había sido despojado a causa de la política de los cristianos” ([1910] en de Jong y Satas 2011: 211). La autoridad de Cipriano se había deteriorado por los signos de distinción que se le habían conferido -cargo de “jefe principal”, residencia en una casa-, en adición a la tolerancia con la discrecionalidad y coacción de las autoridades militares, y a la participación en la batalla de San Carlos contra los salineros de Calfucurá en 1872.

22. Gomila se detiene en Santiago Avendaño, ex-cautivo ranquel e “Intendente de Indios Amigos”, y lo retrata como el “segundo jefe de la tribu, que al mismo tiempo servía de lenguaraz, intérprete [...] se le daba título de teniente coronel y usaba uniforme de tal de la Nación [...] hábil diplomático” ([1910] en de Jong y Satas 2011: 212). Seguido, se explaya sobre los manejos de Avendaño, y sobre los riesgos de impredecibilidad en el arreglo con los indios: “conociendo el abismo existente entre hermanos Catriel y la parte que forzosamente lo había de tocar, si los indios de Juan José se alzaban, de acuerdo con el jefe de la frontera emprendió campaña para seducir(los) [...] Inducidos por las dádivas y

las fuerzas mitristas bajo presión de Ignacio Rivas, jefe de la frontera sur. De acuerdo con de Jong (2012), el cacique *amigo* “intermediaba en una relación entre dos lógicas políticas distintas, una vertical, del ejército y otra horizontal, propia de las sociedades de tipo segmental”. A su vez, la lealtad de Rivas hacia Mitre posiblemente haya radicado en que su base de poder político y económico se hallaba en la frontera y peligraba al perfilarse los planes de avance estatal, tal como sugieren Barbuto y de Jong (2012). En el contexto de la movilización revolucionaria, Rivas le propuso a Cipriano una alianza condicionada por la coacción militar, en pos del involucramiento de mil doscientos lanceros. Para ello, debió asistir a un Parlamento de la tribu para formalizar el pacto, adecuándose a las lógicas indígenas. Gomila transcribe las palabras del oficial:

“[...] prometiéndoles, cuando regresemos de este paseo -donde no tendremos necesidad de tirar ni un tiro-, grandes regalos, hasta para las chinas” [...] Cuando los indios se retiraron el General dijo a todos los jefes y ciudadanos que estaban presentes: “El mayor sacrificio que podía exigirme la revolución era éste: llevarme a estos indios que al fin y por mucho cuidado que se tenga han de hacer de las suyas y todas las responsabilidades vendrán sobre mí, pero dejarlos no es posible, sería peor” ([1910] en de Jong y Satas 2011: 213).

Una vez emprendida la marcha, Gomila da cuenta del alzamiento de la tribu comandada por Juan José y Marcelino, y capitanejos hostiles, en contra de Cipriano:

[...] la mayoría impuso su resolución alegando que ellos demasiado hacían acompañando al Ejército de Rivas cuando no tenían ninguna obligación de meterse en cuestiones de los Cristianos, ni hacer sacrificar sus indios haciéndoles pelear contra infanterías y cañones cuyos efectos les eran ya bien conocidos [...] señal inequívoca de que autoridad de cacique ya estaba quebrantada (Ibíd.: 233)

Con el fin de relatar los orígenes del enfrentamiento fraterno, Gomila se adentra los acontecimientos de 1866 que tuvieron como resultado la elección como cacique de Cipriano, a quien no le correspondía el mando de acuerdo a las reglas sucesorias. Ante un asesinato de un *cristiano* cometido por miembros de la tribu, el jefe de la frontera, le reclamó al cacique la entrega de los criminales para fusilarlos. Reunidos los capitanejos en Parlamento se dirimió si acceder o no la demanda. Juan José ante la intromisión *crisiana* en la justicia indígena, clamó por sublevar a la tribu y retirarse a “los montes” arreando hacienda, “donde vivirían felices y libres sin que la mano del opresor pudiese alcanzarlos jamás” (Ibíd.: 247). Ante esta propuesta los capitanejos más viejos y ricos, recelosos de su patrimonio, se opusieron y apoyaron la moción de Cipriano de “permanecer en paz con los cristianos”. El futuro cacique abogó por cumplir con los tratos hechos, ya que de no ser así, habría represalias por parte del jefe de frontera. Según el cronista, de este modo profetizaba que de alzarse la tribu sería exterminada, avizorando la desigual condición de fuerzas en relación al armamento. Cipriano defendía la convivencia en función de los recursos materiales: “vivir en los montes cazando guanacos y avestruces para comer [...] Los indios están bien aquí” (Ibíd.: 247-248). Gomila entrevistó las razones que llevaron a la “usurpación” de Cipriano del cacicato:

el temor al número de tropas que le atribuían al General Rivas bajo sus órdenes, cuyo poder ya habían podido ver en combate de San Carlos, (los indios) entraron en el movimiento no de buena fe sino con objeto de estar a la expectativa prestando concurso a la revolución mientras no hubiese otra fuerza que ofreciera mayor ventaja y oportunidad para dar su eternamente anhelado golpe.” (Ibíd.: pp. 212-213).

[...] desde ese día fue adquiriendo preponderancia Cipriano entre los indios ricos a quienes no convenía un alzamiento en el que iban a pura pérdida, pues es sabido que en caso de guerra todos los bienes de la tribu van a masa común, cosa que dolía a aquellos viejos cansados de aventuras a quienes vida semi civilizada y abundancia les gustaba más que andar errantes y exponiendo vida a cada instante (Ibíd.: 248).

Gomila relata cómo el jefe de fronteras debió montar una “rogativa” para torcer los resultados de la elección cacical, enseñando en términos de Barbuto y de Jong (2012) “prácticas paralelas de persuasión y coerción”:

[...] invitó a principales Capitanejos a una reunión en el Azul, Juan José no quiso ir. Se les dio [...] todo lo que apetecían [...] y se les abordó pidiéndoles su voto a favor de Cipriano, y al mismo tiempo reforzando las guarniciones fronterizas haciéndoles entender que si elegían a Juan José [...] arrasarían a la indiada. Que a más el gobierno estaba dispuesto a proteger a los que quedaran dándoles campos en propiedad, haciendas, etc. para que vivieran tranquilos [...] A pesar de la pérdida del Cacicazgo le fue indemnizada a Juan José con 200 vacas, 800 ovejas y 500 yeguas que no repudió ([1910] en de Jong y Satas 2011: 249)

Después de esta digresión, Gomila vuelve al presente de la revolución, desprestigiada y desmoralizada debido a las marchas y contramarchas en retirada por la persecución de las tropas nacionales. Al panorama adverso de la frontera sur se le sumó la noticia de que Roca había vencido al general José Miguel Arredondo en la frontera cordobesa y de Cuyo. Mitre y sus generales aspiraban arrastrar seguidores y dirigirse hacia Buenos Aires simultáneamente desde estos dos puntos. Esta estrategia dimensiona la importancia de los espacios políticos de la frontera en la disputa política facciosa. Gomila menciona que la información apareció en el diario porteño *La Tribuna* de fecha del cuatro o seis de noviembre de 1874. La referencia a la prensa constituye un recurso para atribuirle “veracidad” a su discurso como cronista. Otro ejemplo de este procedimiento se halla cuando alude a las muertes de Cipriano y Avendaño, que motivaron “críticas y protestas vehementísimas contra el Gefe de fuerzas del gobierno y contra el presidente Avellaneda y su Ministro de Guerra. Véanse las crónicas de la época en los diarios *La Nación*, *La Prensa* y muchos otros” (Ibíd.: 264). Este “efecto de verdad” que reviste a las publicaciones periodísticas busca replicarse en las obras de Gutiérrez y Gomila, quienes empleaban a los periódicos como soporte y vehículo de sus escritos. de Jong (2012) se refiere a las destituciones y ejecuciones de Cipriano y Avendaño por la tribu alzada por los hermanos Catriel como una “rebelión en la revolución”. Gomila las narra a la manera de una “crónica de una muerte anunciada”, al rastrear los orígenes de la discordia. Las condena como “acto salvaje”, “horrible”, al ser “entregado a los indios para que lo mataran a lanzazos, acto inhumano consentido por Jefes de la Nación” ([1910] en de Jong y Satas 2011: 195). El foco de su denuncia radicaba en que Catriel y Avendaño:

[...] eran Gefes de la Nación, en servicio y a sueldo de ella [...] 2º que al ser tomados prisioneros [...] no lo habían sido por indios, sino por un Gefe caracterizado de la Nación, el Coronel Lagos [...] por cuyos motivos debieron ser juzgados y aplicádoseles leyes del país, pero en ningún caso entregados a los indios para ser juzgados con zaña feroz propia y bárbaramente (Ibíd.: 264).

Las autoridades nacionales, de acuerdo a la visión crítica de Gomila, dieron muestras de una doble vara para juzgar los actos criminales, al no interferir ante la captura del cacique y Avendaño por parte de la tribu, dejando actuar a la “justicia indígena” regida por la lógica de la venganza. El autor presenta a Cipriano -y a su “partido conservador” de las relaciones pacíficas con los *cristianos*- como “civilizados”, de allí su condena al Ejército y al gobierno, por avalar prácticas “bárbaras”, “indignas” de dichas instituciones.

CONCLUSIONES

Sendos autores fueron testigos de una época de transición en la historia nacional, desde un espacio “en tránsito” hacia su supresión. Estas realidades *extra-céntricas*, *periféricas* son reveladoras de dinámicas obliteradas por las narrativas dominantes. Sus testimonios permiten ponderar la agencia subalterna y caracterizar la cultura política “sui generis” de la frontera, desde una óptica que las integre y jerarquice en el proceso de construcción estatal. La percepción crítica del accionar estatal por parte de Gutiérrez y Gomila, pone en tela de juicio su proceder respecto a los sectores subalternos, habilitando la reflexión sobre la relación entre *identidad nacional* y *alteridad*, preocupación característica de la disciplina antropológica.

Se pueden vislumbrar en los escritos las motivaciones y estrategias del variado universo indígena en un contexto en el que la correlación de fuerzas para entablar negociaciones cambia en desmedro de los *indios*: unas tendientes hacia la “incorporación”; otras reticentes, inclinadas a ofrecer “resistencia” bélica. A su vez, se evidencia en las obras que las condiciones de *indios amigos*, *aliados* y *enemigos* eran inestables, y que sus alianzas con el arco *cristiano* solían estar ligadas a la expectativa de compensaciones materiales y estaban mediadas por relaciones de poder cambiantes.

Bibliografía

- BARBUTO, Lorena y de Jong, Ingrid. 2012. "De la defensa de las fronteras al conflicto faccional: preparando la Revolución Mitrista en el Sur de Buenos Aires". *Sociedad de Paisajes Áridos y Semi Áridos*. Vol. VI. pp. 35 a 66.
- BATTICUORE, Graciela; Loreley EL JABER y Alejandra LAERA. 2008. "Aventura y relato. Apuntes para una historia literaria de la frontera". En: Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera (comps.) *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Rosario, Beatriz Viterbo. pp. 7 a 22.
- BECHIS, Martha. 1996. "Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX". En: Noemi Goldman y Ricardo Salvatore (Comps.). *Caudillismos Rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires, Eudeba. pp. 293 a 317.
- DE JONG, Ingrid y Satas, Valeria. (2011) *Teófilo Carlos Gomila: memorias de frontera y otros escritos*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.
- DE JONG, Ingrid. 2012. "Facciones políticas y étnicas en la frontera: los indios amigos del Azul en la Revolución Mitrista de 1874". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates*. En: <http://nuevomundo.revues.org/62496>
- GOMILA, Teófilo [1910] 2011. La Revolución de 1974. En: Ingrid de Jong y Valeria Satas. *Teófilo Gomila. Memorias de frontera y otros escritos*. Buenos Aires, El Elefante Blanco. pp. 191 a 290.
- GUTIÉRREZ, Eduardo ([1886] 2001) *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*. Buenos Aires, Emecé.
- LAERA, Alejandra. 2008. "Sobre la guerra en el Paraguay (relatos nacionales en las fronteras). En: Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera (comps.) *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Rosario, Beatriz Viterbo. pp. 188 a 213.
- NAVARRO FLORIA, Pedro. 2001. "El salvaje y su tratamiento en el discurso político argentino sobre la frontera sur, 1853-1879". *Revista de Indias*. Vol. 61, No 222. pp. 345-376.
- OPERÉ, Fernando. 2006. "La frontera como argumento y articulación teórica en la cultura y la literatura argentina.". *Brocar. Cuadernos de investigación histórica*. Vol 30. pp. 193 a 205.
- RIVERA, Jorge. 1967. "El folletín: Eduardo Gutiérrez". *Historia de la literatura argentina*. Cap. 32. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. pp. 217 a 240.
- TORRE, Claudia. 2010. *Literatura en tránsito: la narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires, Prometeo.
- VIÑAS, David. 1982. *Indios, Ejército y Frontera*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- VIÑAS, David. 1986. "Mansilla. Trece hipótesis". *La Razón*. Buenos Aires, 13 de febrero.
- YUNQUE, Álvaro. 1956. *Estudios Preliminares: Eduardo Gutiérrez, Croquis y siluetas militares*. Buenos Aires, Hachette. En: <http://www.alvaroyunque.com.ar/estudios/alvaro-yunque-croquis-y-siluetas.html>